

SONIA LÓPEZ SOUTO

*La
Institutriz*



Nova Casa | *Zelá*

*A todas aquellas personas que disfrutaron de esta historia,
y lo siguen haciendo, a pesar de mis propias dudas sobre ella.
Espero que sepáis perdonarme por los cambios que le he hecho.*

Lowlands
Hermanos Blair
y Bruce Gordon



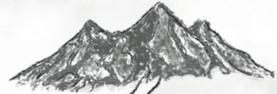
Stornoway



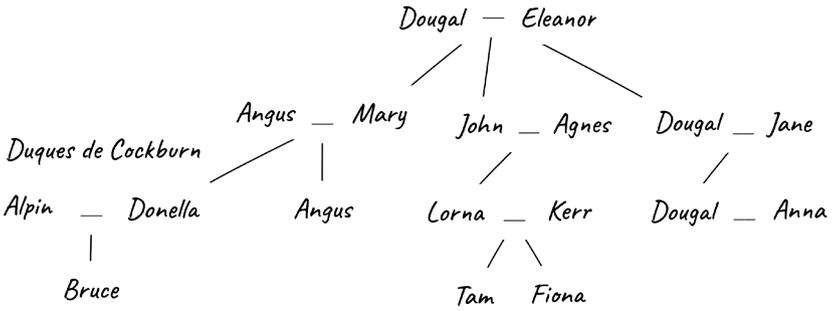
Lochbay



Dunvegan



MacLeod de Dunvegan



Forth William



Perth



Edimburgo

CAPÍTULO I

La noche más difícil

*B*lair estaba asustada. A pesar de su corta edad, había tenido que asistir muchos partos y sabía que su madre estaba en apuros. En graves apuros.

Hacía un par de horas que había mandado llamar a la partera al ver que la situación superaba sus conocimientos, pero todavía no había llegado. Fuera, la tormenta estaba en su punto álgido, por lo que Blair sabía que se retrasaría todavía más. Nadie en su sano juicio se atrevería a salir en una noche como aquella.

Nunca había sido muy devota, su madre se lo reprochaba continuamente, pero en ese momento no se le ocurría nada mejor que rezar: rezar para que su madre lograra alumbrar a su hermano por fin, rezar para que la partera llegase cuanto antes, rezar para que su padre no se despertase de la borrachera.

Su madre era hija de un hombre rico y había recibido una excelente educación. Se había casado y, durante años, había sido feliz. Pero a la muerte de sus padres, su esposo se había hecho cargo de su herencia y, sin tener idea de cómo manejar los negocios, se habían arruinado en poco tiempo. Ella tenía tres años cuando la desgracia los sobrevino.

Su vida no había sido fácil desde entonces, aunque jamás se había quejado. Tenía una madre que la adoraba, suficiente comida

en el plato cada día gracias al duro trabajo de esta y ropa decente que ponerse. Con eso le bastaba.

Ni siquiera le molestaba que su padre se hubiese dado a la bebida y pasase la mayor parte del tiempo borracho. Incapaz de mantenerse sobrio más de dos horas seguidas, utilizaba aquellos momentos de lucidez para robarles el poco dinero que lograban ahorrar.

Nada de aquello les había importado nunca, pues se tenían la una a la otra. Eran un equipo, como decía siempre su madre. Sin embargo, ahora, viéndola sufrir por ser incapaz de dar a luz, temió que aquel precario equilibrio que habían establecido desapareciese de golpe. Temió por sus vidas. Por la de su madre, la de su hermano no nato y la suya propia. Si su madre moría, sería el fin de todo cuanto conocía y quería.

A Blair no le resultaría fácil encontrar trabajo porque, aunque tenía más experiencia que algunas mujeres, nadie querría contratar como institutriz a una chica de dieciséis años. Era algo con lo que había batallado desde hacía tiempo, cuando su madre había descubierto que estaba embarazada y que tendría que dejar su trabajo por unos meses después del parto. Ahora, si su madre no superaba esa noche, no sabría qué sería de su vida. Porque su padre no le ayudaría, sino más bien todo lo contrario.

—Aguanta, mamá —le pidió una vez más mientras le secaba el sudor de la frente.

El bebé estaba atascado. No era difícil darse cuenta de ello. Había intentado colocarlo en posición, como tantas veces había visto hacer a su madre o ella misma había hecho en los partos que asistía, pero no lograba moverlo. Algo se lo impedía y, por más que buscaba, tampoco era capaz de localizar la obstrucción. Resignada a esperar por la partera, no podía hacer otra cosa que refrescarla y mantenerla despierta.

Se acercó una vez más a la ventana, sabiendo de antemano que no podría ver nada en la negrura de la noche. Pero no había

nada más que pudiese hacer y se sentía impotente; totalmente inútil para salvar a su madre.

—Esto no va a funcionar, hija. —Su voz débil, pero firme, atrajo su atención. Su madre la miró—. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que sea, mamá. —Se acercó a ella y la tomó de las manos.

—Trata de salvarle la vida a tu hermano. Y cuídalo por mí.

—No. No digas eso, mamá. No te rindas todavía. Vais a estar bien los dos —le dijo con los ojos empañados por las lágrimas.

—Por favor, Blair. Prométemelo.

—No será necesario, mamá. Tú misma cuidarás de tu bebé.

—Me estoy desangrando, hija. No nos engañemos más. La partera no llegará a tiempo con esta tormenta, así que tienes que sacar a tu hermano antes de que le pase algo malo.

Blair sabía lo que le estaba pidiendo y, mientras le hablaba, ella negaba con la cabeza, porque no se sentía con fuerzas. Era su madre y no podía dejarla morir para que su hermano naciera.

—No me obligues a elegir entre los dos —le suplicó.

—No te pido que elijas entre nosotros, cielo. Te estoy diciendo que tienes que salvarlo a él.

Negó una vez más con la cabeza, incapaz de seguir hablando. Una dolorosa contracción le arrancó un grito de la garganta a su madre y las lágrimas le cayeron por las mejillas.

—Mamá.

Era una súplica, eso estaba claro, pero para qué. ¿Para que el bebé se colocase solo? ¿Para que su madre no la obligase a sacarlo a costa de su vida? ¿Para que el tiempo se detuviese? ¿Para que la partera llegase milagrosamente y la historia terminase bien para ambos?

—Tráeme la botella de *whisky* —le dijo—, si es que tu padre ha dejado algo en ella. Y desinfecta uno de los cuchillos grandes.

¡Oh, Dios! Una arcada le sacudió el cuerpo al pensar en ello. No sería capaz. Comenzó a temblar pero, cuando su madre la

alentó con una sonrisa febril, se acercó a su padre para robarle la botella.

—Puedes con esto, mi vida. —Su madre le hablaba todo el tiempo, consciente de que lo que le pedía era demasiado duro para ella, pero no queriendo que perdiese la fortaleza.

Preferiría sobrevivir, no podía soportar la idea de abandonar a sus hijos con un padre como el que tenían, pero era obvio que ya nada se podía hacer por ella. Aunque lograrse dar a luz por sí misma, había perdido demasiada sangre y no podría recuperarse. Así que, segura de que era la única solución, decidió que sacrificaría su vida para salvar la de su bebé.

Su hija le acercó la botella de *whisky* y, con su ayuda, la vació de un solo trago. No había mucho que beber, pero sería suficiente para adormecer su cuerpo, ya que no estaba acostumbrada al alcohol.

—Ahora trae el cuchillo. —Trató de que la voz le sonase decidida para infundirle fuerzas, pero le tembló y acabó la frase con un pequeño quejido.

Aun así, Blair no dudó e hizo lo que le pedía. Asintió, más para sí misma que para su hija, en cuanto regresó con el cuchillo. Lo que estaba a punto de pedirle sería tan difícil como doloroso para ambas.

—Blair —le dijo, buscando su mano para apretársela—. Cariño, jamás te culpes por lo que va a pasar ahora. ¿Entendido? Jamás.

—No voy a poder, mamá. —Las lágrimas le bañaban el rostro. Se las limpió con manos firmes para que las de su hija no temblasen.

—Podrás, porque es la vida de tu hermano la que está en juego, cariño. —Inspiró profundamente antes de continuar—: Solo tienes que cortar aquí y...

En cuanto comenzó a hablar, le falló la voz. Estaba preparada para salvar la vida de su bebé, pero sabía que la situación iba a ser muy dura para su hija.

—Mamá... —Blair le rogó con los ojos. Le suplicó.

—Tienes que intentarlo, o moriremos los dos.

La vista se le nublaba por momentos y se preocupó. Entre la pérdida de sangre y el alcohol, pronto se quedaría inconsciente, y no podría guiar a su hija si eso sucedía.

—No tenemos mucho tiempo —la apremió.

Blair se consideraba una mujer fuerte, la vida la había obligado a ello, pero se detuvo cuando acercó el cuchillo al vientre de su madre. Estaba a punto de abrirla para sacar a su hermano y otra arcada la convulsionó. No se creía capaz de seguir adelante.

—Hazlo. Ahora —gritó su madre antes de meterse en la boca un trozo de cuero para soportar mejor el dolor, si eso era posible, y no morderse la lengua en el proceso.

No sabía si había sido el tono en sí o por la desesperación en la voz de su madre, pero Blair obedeció. Escuchó sus quejidos sofocados por el cuero, pero no se detuvo.

Todo se llenó de sangre en cuanto cortó la carne del vientre de su madre. Se le deslizó el cuchillo de las manos en varias ocasiones, de tan resbaladizo que se había vuelto, pero siguió trabajando hasta que logró su propósito. Luego lo dejó en el suelo y continuó con los dedos.

Le resultaba imposible ver lo que estaba haciendo. Las lágrimas le empañaban los ojos y los fluidos apenas le dejaban ver, pero seguía las instrucciones de su agonizante madre, admirando su fortaleza. Ella ya se habría desmayado.

Después de lo que le pareció una eternidad, su pequeño y ruidoso hermano estaba en sus brazos; ambos empapados de rojo.

—¿Está bien? —le preguntó su madre, casi sin vida. Se le escapaba a borbotones por la herida abierta.

—Está bien. —Se lo acercó—. Y es un niño, como decías que sería.

—Siempre lo supe. —Lo miró con infinito amor y sonrió—. Se llamará Bruce Gordon. Cuidalo, mi vida. Aléjalo de tu padre.

—¿Cómo?

—Estoy segura de que encontrarás la forma. Os quiero tanto.

Se le cerraron los ojos finalmente, y Blair la oyó exhalar un último suspiro de alivio. Las lágrimas le rodaron de nuevo por las mejillas al comprender que su madre había muerto.

—Bruce Gordon —dijo, mirando a su hermano—. Te protegeré con mi vida, pequeño. No permitiré que nada malo te suceda.

—¿Qué has hecho?

El bramido acusatorio de su padre le provocó un escalofrío. Se giró con lentitud hacia él, temiendo enfrentarlo. Lo conocía lo suficiente como para saber que aquello no auguraba nada bueno. La miraba con los ojos desorbitados, irritados por el alcohol que todavía le corría por las venas, como si estuviese viendo al mismísimo diablo.

—Hice lo que mamá me pidió —le contestó sin amedrentarse—. Salvarle la vida a mi hermano antes de perderlos a ambos.

A pesar de todo lo que habían padecido por su culpa, nunca había tenido miedo de su padre. No era más que un borracho que le inspiraba lástima, sin embargo, en aquel momento, temió por sus vidas. La ira en su mirada la asustó hasta el punto de obligarla a retroceder ante él por primera vez en su vida.

—La has matado —la acusó—. A tu propia madre.

—Tú la has estado matando cada día desde hace trece años —le gritó a su vez, retrocediendo otro poco, mientras Bruce lloraba en sus brazos, inquieto—. Si no fueses un borracho inútil, nada de esto habría sucedido.

—Tú eres la que está llena de su sangre, maldita embustera.

Blair se alejó de nuevo, apretando a Bruce más contra su pecho. La espalda le chocó contra la pared, justo al lado de la puerta de salida. Cuando su padre avanzó hacia ella, no lo dudó un instante y salió fuera. Prefería enfrentarse a una tormenta embravecida que a él en el estado en que se encontraba.

Corrió tan rápido como pudo, ocultando el rostro contra el cuerpo de su hermano para proporcionarle algo de calor.

Bruce había dejado de llorar, probablemente porque el frío lo había aturdido. Era tan solo un recién nacido y ella no debería haberlo sometido a las inclemencias del tiempo, pero no podía hacer otra cosa. Necesitaba alejarse de su padre y ponerlos a ambos a salvo. No sabía a dónde ir, pero no se detendría hasta que la máxima distancia posible los separase.

De repente, chocó contra alguien sin poder evitarlo y trastabilló. Unas fuertes manos la sujetaron para impedir que se cayera, y Blair alzó la vista justo para encontrarse con unos profundos pero duros ojos negros.

—Ayúdame, por favor. Os lo suplico —susurró, sin pensar en que estaba confiando su vida y la de su hermano a un hombre al que no conocía. El miedo y la desesperación eran más imperantes que su prudencia en ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó él mientras la observaba de arriba abajo sin ningún pudor—. Estás cubierta de sangre.

—De mi hermano —logró decir, sin que le castañearan los dientes, mostrándole su cuerpecito envuelto en una fina manta—. Acaba de nacer. Se morirá de frío.

El hombre se puso en marcha en cuanto vio al niño. La arrastró hacia el interior de su carruaje, que se encontraba a unos pocos pasos de allí, y olvidó por completo lo que había ido a hacer a aquel lugar. No era algo tan urgente y podía posponerlo unas horas.

Acomodó a la joven en uno de los asientos antes de entregarle una cálida manta que siempre llevaba para los días fríos como aquel. La muchacha miraba al bebé, ignorándolo a él, mientras le frotaba el cuerpo diminuto para hacerlo entrar en calor.

—¿Qué ha pasado? —Él buscó su atención minutos después de que el carruaje se pusiese en marcha.

—Mi madre ha muerto durante el parto, mi señor. —Cuando habló, su voz sonó tan dulce como parecía ella, a pesar del temor que destilaba—. Mi padre... se volvió loco. Temí por mi vida.

—¿Por qué?

Ella negó en silencio. Él la vio apretar con más fuerza al bebé cuando empezó a llorar de nuevo, como si tratase de protegerlo. Comenzó a mecerlo rítmicamente para calmarlo. Sabía que ambos necesitaban alimentarse y también darse un baño para deshacerse de la sangre, y solo se le ocurría un lugar al que llevarlos en ese momento.

—Tranquila —le dijo—. Todo estará bien ahora. Nadie os hará daño a ninguno mientras estéis conmigo.

Inexplicablemente, se sintió orgulloso cuando la joven posó en él una mirada agradecida. La vio sonreír con timidez y pensó que, tal vez, su viaje a aquel barrio de mala muerte no había salido tan mal después de todo. Había ido en busca de una linda muchacha con la que pasar el rato y parecía que había encontrado una. El bebé en sus brazos sin duda le facilitaría las cosas.

—¿A dónde me lleváis? —Su dulce voz se sintió como una caricia, y él sonrió para sus adentros, imaginando todo lo que podría conseguir de ella después de salvarles la vida.

—A casa de mi hermana. Ha tenido un bebé hace poco y estoy seguro de que podrá ayudarte con tu hermano. —Señaló al niño con la cabeza al hablar.

—No sé cómo podré agradeceros lo que estáis haciendo, milord.

—Algo se nos ocurrirá —susurró para que ella no lo oyese. No quería alarmarla ni ponerla a la defensiva antes de lograr su objetivo.

Blair miró a su salvador con disimulo mientras continuaban su camino. Era un hombre apuesto, con porte impecable y educación intachable, pero algo en su actitud la hacía desconfiar. Parecía que lo rodease un halo de oscuridad. Meció a Bruce en sus brazos para tratar de acallar su llanto, sin dejar de observar al hombre.

Si sus intenciones eran tan nobles como pretendía hacerle ver y le había dicho la verdad en cuanto al lugar a donde

los llevaba, le estaría agradecida de por vida; mientras tanto, se mantendría alerta. Su forma de mirarla, cuando creía que ella no le prestaba atención, la disgustaba sobremanera. Había vivido toda su vida en un barrio lo suficientemente peligroso como para saber reconocer ese gesto.

Pensó en su madre. Había tenido que abandonarla en la casa al marcharse de forma tan precipitada y se prometió que regresaría a por ella. No permitiría que su padre tocara su cuerpo, ni siquiera para darle sepultura. Se estremeció al recordar el odio de su padre.

—¿Tienes frío?

—No.

—No tienes nada que temer de mí —le dijo, suponiendo que aquella era la razón del escalofrío.

—Es por mi padre. —Negó con la cabeza.

—Tampoco debes tener miedo de él. No dejaré que se acerque a vosotros.

—¿Por qué me ayudáis? —preguntó después, incapaz de contener su curiosidad.

—Siempre es un placer ayudar a una hermosa dama en apuros. —Su sonrisa le pareció demasiado estudiada, pero decidió que le daría una oportunidad. Aceptaría su hospitalidad, si era lo único que quería ofrecerle y después se alejaría para siempre.

CAPÍTULO II

Atrapado

—— *K*err. —Lorna lo siguió cuando él salió del castillo. No podía hacer otra cosa, pues necesitaba hacerlo entrar en razón—. No te vayas, mi amor.

—*¿Mi amor?* —Lorna logró captar la atención que buscaba con aquellas palabras, aunque no del modo que le hubiese gustado hacerlo—. ¿Pretendes que me crea eso ahora, Lorna? ¿Que soy tu amor?

—Siempre lo has sido. —Se acercó a él con movimientos seductores hasta tocarle el pecho con las yemas de los dedos y ascender hasta el cuello para rodearlo.

—Yo y cuántos más, Lorna. —Él se tensó con aquel toque.

Podía notar la ira en cada palabra pronunciada y, en el fondo, sabía que se merecía cada uno de sus reproches porque Kerr la había descubierto en brazos de Ian, pero jamás le daría la razón. Se mordió el labio con frustración, buscando el modo de cambiar el rumbo que había tomado el asunto. Aquel contratiempo podía desbaratar sus planes con un simple chasquido de los dedos, pero no estaba dispuesta a renunciar a Kerr ahora que se encontraba tan cerca de conseguir lo que quería de él.

—Ian no me importa —le susurró al oído mientras le rozaba la piel del cuello con su aliento.

—Pues anoche parecía todo lo contrario. —A pesar de estar enfadado con ella, la apartó de él con cuidado de no lastimarla.

—Solo fue un beso, mi amor. Y él me lo robó —mintió sin ningún tipo de arrepentimiento. Haría lo que fuese necesario para que la perdonase y le propusiese matrimonio al fin, tal y como pretendía desde hacía meses.

Llevaba meses detrás de él y, justo cuando creía que ya lo tenía, la reaparición de Ian en su vida amenazaba con estropearle los planes tan minuciosos que había trazado. El muy canalla siempre la había enloquecido con sus atenciones y lo sabía bien. Se había aprovechado de ello para besarla en la oscuridad del pasillo la noche anterior, cuando se habían visto de nuevo. Ella tampoco se había resistido demasiado ni sentía remordimientos de haber sucumbido a él, pero lamentaba la mala suerte que había hecho que Kerr los descubriese.

—¿Cómo quieres que te crea después de lo que he visto, Lorna?

—Porque yo jamás haría nada para herirte. —Se abrazó a él y la esperanza renació al ver que él no la rechazaba—. Si te hubieses quedado un poco más, me habrías visto golpearlo con todas mis fuerzas por su atrevimiento.

Kerr dudó. No había sido así la pasada noche cuando los había visto. Le había parecido que Lorna disfrutaba demasiado de aquel beso, pero la seguridad con que le estaba hablando en ese momento consiguió hacerle dudar de su propia percepción de la situación.

No podía negar que estaba loco por ella y por la sensualidad que desprendía en cada movimiento. Por su cuerpo lleno de curvas y por aquellos pecaminosos labios que lo invitaban a perderse en sus besos. Cada vez que pensaba en ella, que la veía, aunque fuese en la distancia, ardía de lujuria.

—No quiero que te acerques de nuevo a él, Lorna —le advirtió al fin, cediendo a su propio deseo—. Que no le hables siquiera.

—Por ti, lo que sea, mi amor. —Sus labios esgrimieron una sonrisa de victoria segundos antes de posarse, posesivos, sobre los de él.

Por un momento, al rechazarla la primera vez, Lorna había creído que lo había perdido para siempre. Estaba muy enfadado con ella por lo que había pasado con Ian, así que suspiró, aliviada, al darse cuenta de que respondía nuevamente a sus besos y que la apretaba contra él con la desesperación de un hombre ansioso por más.

Decidió que se mantendría lejos de Ian hasta haberse convertido en la esposa de Kerr. No podía cometer el mismo error dos veces. No es que estuviese enamorada de él, no creía en el amor, pero Kerr MacLeod era el mejor guerrero de su primo Dougal y poseía una de las granjas más prósperas de toda la isla. Su primo tenía grandes planes para él y ella quería disfrutar de aquel éxito. Jamás se conformaría con menos. Tenía que agradecer que fuese un hombre tan apuesto, pero lo habría buscado de igual manera de no haberlo sido. Ella quería el prestigio y, puede que incluso, la envidia de las demás mujeres. Pero para lograr eso, antes Kerr debía ser suyo.

Lo admiró con sus manos mientras lo besaba, sintiendo cada uno de sus poderosos músculos contra su cuerpo. Kerr era un hombre alto y fuerte. De manos grandes y curtidas por la espada y el duro trabajo en la granja. Sus intensos ojos verdes destilaban orgullo y determinación; cualidades que su primo, el *laird*, admiraba. Kerr era un guerrero de pies a cabeza. A Lorna tal vez no le convenciese su cabello rojo, pero podía obviar ese detalle, teniendo en cuenta que todo lo demás era de su agrado.

—Tengo que irme, Lorna. —La separó de él, y ella se resintió.

Pudo ver en su mirada que la duda todavía estaba ahí y se maldijo una vez más por no haber sido más cuidadosa. Pero ella siempre tenía un plan secundario y se propuso solucionar aquel percance de una manera más definitiva esa misma noche. ¿Por qué esperar a que él le propusiese matrimonio si podía cazarlo

con el truco más viejo del mundo? Obligaría a Kerr a desposarla tendiéndole una trampa.

—¿No te quedas al banquete de esta noche? —le ronroneó al oído—. Te echaré mucho de menos si no lo haces.

—Tengo mucho trabajo en la granja. Lo he pospuesto demasiado, Lorna.

Primero, atrapado por las exigencias de Dougal, el *laird* del clan de los MacLeod en Skye y, después, movido por el deseo que Lorna despertaba en él cada vez que estaba cerca, había ido dejando pasar los días en lugar de regresar a la granja inmediatamente después de haberse liberado de sus deberes en el castillo.

Ahora, después de aquel desafortunado encuentro con Lorna en brazos de Ian, no estaba seguro de querer permanecer allí ni una noche más. Era cierto que ella le había asegurado que no le interesaba Ian, pero no estaba del todo convencido de que dijese la verdad. Había empezado a considerarla algo más que un simple pasatiempo y le disgustaba la idea de que hubiese estado jugando con sus sentimientos. Sobre todo, después de haberse decidido a proponerle matrimonio antes de marcharse, durante el banquete al que ahora no estaba tan seguro de querer asistir. Las dudas lo estaban carcomiendo por dentro, incluso tras las convincentes palabras de Lorna. Ahora necesitaba pensar, antes de seguir adelante con sus planes.

—Quédate esta noche, mi amor. —Se apretó más contra él, rozando sus cuerpos—. Te compensaré. Lo prometo.

Lo besó en el cuello y sintió cómo su deseo crecía bajo su *kilt*. Sí, Kerr MacLeod todavía la deseaba y su plan saldría a la perfección si lograba hacer que se quedase.

—No lo sé, Lorna.

—Por favor. —Lo miró con ojos suplicantes y se restregó más contra él, prometiéndole una noche inolvidable sin palabras.

Supo que lo había convencido cuando un brillo intenso le iluminó los ojos verdes. Contuvo una sonrisa triunfante al comprobar, una vez más, que todavía tenía poder sobre él.

—Me iré por la mañana temprano —le aseguró—. Y no me quedaré al baile.

Lorna no se quejó, porque le bastaba con tenerlo allí durante la cena. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con entusiasmo.

—No te arrepentirás —le prometió con una seductora sonrisa en los labios—. Nos veremos después. Búscame.

Lo dejó solo y con la excitación palpitando entre las piernas para que la buscara, tal y como le había pedido. La noche se acercaba y ella tenía mucho que planear todavía.

Kerr la vio alejarse y se dirigió hacia el río para bañarse en sus frías aguas y calmar su agitación. No debería haber cedido, pero le resultaba imposible negarle nada. Aun así, se prometió a sí mismo que se retiraría a su cuarto tan pronto como la cena finalizase. Quería poner rumbo a su hogar nada más despuntase el alba. Había estado fuera demasiados días ya.

Horas después de su baño, se sentó lejos de la mesa principal para no tener que enfrentar a Dougal, con el humor que tenía en aquel momento. Sus conversaciones solían terminar siempre del mismo modo: con ambos discutiendo. Y esa noche Kerr no tenía ánimos para ello. El *laird* ansiaba tenerlo en todo momento en el castillo como parte de su guardia personal, pero él solo quería vivir en paz en su granja. Aunque era uno de los mejores guerreros que tenía su jefe en el clan, aborrecía tener que luchar.

Prefería la vida tranquila que había descubierto en la granja. La había heredado dos años atrás, con la repentina muerte de su padre en aquel trágico accidente. Un año después su madre, incapaz de seguir viviendo sin el hombre al que amaba, se había consumido por la pena hasta fallecer.

Kerr siempre había ansiado un amor como el de sus padres. Creyó que lo había encontrado en Lorna, pero con lo que había visto la noche anterior, ya no estaba tan seguro. Y era por eso que necesitaba alejarse de ella durante un tiempo antes de tomar una decisión respecto al futuro de su relación.

—Mi amor —Lorna interrumpió sus pensamientos—. Te he echado mucho de menos en la mesa principal. No me has buscado como te pedí. ¿Por qué?

La vio hacer un mohín, pero no le respondió. ¿Qué podía decirle? Aunque no había ido tras ella, la había tenido presente toda la noche. Sin embargo, sus motivos eran del todo diferentes a los de ella y no tenía claro que fuesen a gustarle. Se dejó besar, tratando de no reaccionar a sus caricias. Temía decir o hacer algo de lo que luego se fuese a arrepentir.

—Te he traído más vino. —Le llenó la copa y se la entregó—. Toma, mi amor.

—No quiero excederme, Lorna. Mañana debo salir al alba.

—Brinda por que podamos vernos pronto —insistió—. Te echaré en falta hasta que regreses al castillo.

Lorna le acercó la copa y él cedió. Unos cuantos sorbos más no le harían daño, pues apenas había bebido durante la cena.

Sin embargo, cuando quiso retirarse a su alcoba, comenzó a sentirse mareado hasta el punto de que apenas lograba mantenerse en pie. Tuvo que apoyarse contra la pared del pasillo para evitar caerse. Lorna se acercó a él y le susurró algo, pero Kerr no pudo entenderla.

—¿Qué me has hecho? —acertó a decir.

—Nada, mi amor. Algo de lo que has comido ha debido de sentarte mal. —Lo arrastró con ella hasta su alcoba—. Necesitas descansar.

Incapaz de hacer otra cosa, se dejó arrastrar. Se le estaba nublando la vista y sentía náuseas, pero juntos lograron alcanzar la cama sin pedirle ayuda a nadie más. En cuanto él apoyó la cabeza en la almohada se quedó profundamente dormido. Y soñó. Con unos labios plenos contra los suyos. Con un cuerpo cálido y suave. Con unas manos ávidas que lo acariciaban, encendiendo su pasión.

Parecía tan real, que casi podía escuchar los gemidos de aquella misteriosa mujer contra su cuello, entremezclados con

unos besos ardientes que lo dejaban anhelando más. Notó presión contra su erección y cierta humedad cerniéndose sobre ella. Dios, nunca antes había tenido un sueño tan real. ¿Sería por el alcohol? Tenía que serlo.

De repente, sintió cierta resistencia y su mente lo alertó de que aquello no podía ser un sueño. Trató de abrir los ojos para terminar con esa extraña sensación, pero, así como había llegado, desapareció y solo quedó el placer. Un placer irresistible que lo embriagaba por completo, entorpeció los sentidos. Aquel roce constante pero impaciente lo llevó al más puro éxtasis y no pudo evitar derramar su simiente. Su propio grito de liberación lo sorprendió.

—Ha sido demasiado real —dijo en alto, todavía jadeando.

—Por supuesto que lo es. —Oyó una voz femenina y se tensó—. Me has hecho tuya por fin, mi amor.

Kerr abrió los ojos y vio a Lorna encima de él, que lo miraba con una sonrisa triunfal en los labios. Con la mente todavía obnubilada, pero ya sin rastro de la borrachera, la empujó, como si con aquel acto pudiese borrar los últimos minutos de su vida. Podría haber creído que aquello había sucedido de manera inocente por el vino que habían ingerido durante la cena y que Lorna era una víctima más de las circunstancias, pero su sonrisa, que mantenía incluso después de su brusco gesto, le decía todo lo que necesitaba saber. Le había tendido una trampa y él había caído como un estúpido.

—¿Qué has hecho? —la acusó, mientras intentaba levantarse de la cama.

Su único pensamiento era salir de allí antes de que alguien los descubriese. Habría estado más que dispuesto a casarse con ella para proteger su honra si hubiese sido un error de ambos, pero sabía que una boda era precisamente lo que ella buscaba.

—¿Qué diablos pasa aquí, Kerr? —La potente voz del *laird* resonó en la alcoba. Y, aunque ambos se encontraban en la cama, este solo lo miraba a él de manera acusatoria.

—Es evidente, querido primo. —Lorna captó su atención al hablar en primer lugar. Necesitaba dar el golpe de gracia antes de que Kerr intentase convencer a Dougal de que ella había planeado aquello—. Kerr y yo nos amamos y estábamos demostrándonoslo.

Kerr cerró los ojos un momento y gimió, afligido, al escucharla. Por si ser descubiertos en la cama no fuese suficiente, acababa de sentenciarlo con sus palabras, porque, si lo negaba, quedaría como un cabrón aprovechado. Aunque poco importaba: Dougal lo obligaría a desposarla de cualquiera de las maneras. El honor de su prima era más importante que cualquier otra cosa para él, incluso si ella lo hubiese mancillado a propósito.

La observó, mientras se cubría con el *kilt*, y vio el regocijo en su rostro. Se sabía vencedora y ni se molestaba en ocultarlo. Lo había planeado bien. No solo había logrado que la desflorase, sino que se había encargado de que su primo, el *laird*, se enterase de ello.

—Espero —Dougal no dejaba de observarlo— que esto signifique que tienes intención de hacerla tu esposa, Kerr.

Gimió de nuevo, maldiciendo el día en que sus ojos se habían posado en Lorna. Maldijo también el día en que dejó que el deseo gobernase sus acciones. Toda su vida había esperado encontrar a una mujer con la que compartir un amor como el de sus padres, sincero y puro, basado en la confianza y el respeto mutuo. Y había estado seguro de que Lorna era esa mujer, hasta el momento en que la había pillado en brazos de Ian. Debería haberse ido entonces, tal y como tenía planeado, en lugar de haber vuelto a acercarse a ella, pero había permitido que su cuerpo decidiese por él. La había creído y ahora estaba pagando las consecuencias. Lorna era una manipuladora y mentirosa. Una de tantas. Entonces comprendió que, tal vez, su madre había sido única.

—Por supuesto que sí, Dougal —dijo, reuniendo todo el aplomo del que disponía. Si debía casarse con Lorna, no per-

mitiría que nadie descubriese que había sido por un engaño—. ¿Por quién me tomas?

Se acercó a Lorna y la besó para darles fuerza a sus palabras. En esa ocasión, no sintió nada. El deseo había desaparecido para siempre.

—Celebrábamos que Lorna ha aceptado mi propuesta —añadió después—, pero se nos ha ido de las manos.

Dougal rio, satisfecho con su respuesta y probablemente feliz por la idea de verlo casado con su prima. Era consciente de que el *laird* lo había estado esperando desde que había tenido conocimiento de que la rondaba. También sabía que querría convencerlo de permanecer en el castillo después de la boda, pero eso no sucedería. Cargaría con Lorna el resto de su vida, pero lo haría en su propio territorio. En su hogar, con los suyos.

Miró a la mujer cuando ella le rodeó el brazo, y esta se encogió ante el odio que destilaban sus ojos. Si no lo soltó fue porque no quería que su primo supiese que aquello solo era un ardid.

—Has conseguido lo que querías, Lorna —le susurró Kerr mientras su compromiso era anunciado ante todos—. Serás mi esposa, pero no obtendrás nada más de mí. No volveré a tocarte, puedes estar segura de eso.

—¿No quieres un heredero? —Lo miró con sorpresa.

—Reza para que ya lo lledes en tu seno o mi línea sucesoria morirá conmigo.

La respiración de Lorna se aceleró al escuchar aquellas palabras. Sonaba tan rotundo al decirlas, que no dudó en que cumpliría su amenaza. ¿Acaso había despertado el lado oscuro de Kerr con su treta? Se estremeció al pensarlo.

CAPÍTULO III

Cockburn

Blair daba gracias todos los días por haberse encontrado aquella terrible noche en que había perdido a su madre con Angus, incluso si su intención al rescatarla no había sido la más honesta. Con los años, había descubierto que Angus la había llevado con su hermana para buscar alguna compensación por su parte. Los incontables intentos de seducción eran una clara prueba de ello.

La duquesa de Cockburn, perteneciente por matrimonio a una de las familias más cercanas al rey de Escocia, Jacobo VI, la había acogido sin reservas en su casa y le había dado cobijo a ella y a su hermano. Poco después, al haber visto su potencial como institutriz, la había contratado para el puesto. Y, aunque Angus no había dejado de insinuársele, a pesar de sus negativas, nunca fue más allá de las palabras por miedo a que su hermana se enfadase con él y le prohibiese la entrada a su hogar.

Hacía ya cuatro años desde su llegada a la casa de los Cockburn y, desde entonces, Blair había llevado una vida medianamente apacible cuidando al hijo de Donella y a su propio hermano, quien había recibido una educación idéntica. Tal vez porque ambos niños tenían la misma edad, o tal vez porque se llamaban igual. Blair no pensaba mucho en ello, tan solo

lo aprovechaba, consciente de que en cualquier momento su suerte podría cambiar.

—Bruce te busca. Tiene hambre —dijo Donella cuando la encontró saliendo de la cocina con una bandeja en las manos.

—Siempre ha sido un poco impaciente. —Le sonrió—. Sabe que he venido a por la merienda. Aunque, claro, un duque ha de ser exigente con su servicio.

Cada vez que sacaba a relucir un defecto en el heredero, trataba de convertirlo en una virtud al momento. No porque lo creyese así, sino porque sabía que la madre no aceptaría una crítica a su hijo. Sabía también que era menos peligroso no jugarla, pero se sentía una hipócrita si solo hablaba maravillas de un muchacho que, en realidad, era un consentido.

—Ciertamente, un futuro duque ha de tener determinación. Es una actitud necesaria para él. —La duquesa asintió, complacida.

—Iré a llevarle la merienda inmediatamente. —Blair se inclinó ante ella con una graciosa reverencia mientras evitaba que el contenido de la bandeja se derramase. Costumbre.

En aquellos cuatro años, había aprendido que era preferible pasar el menor tiempo posible con ellos. No era una mujer que pudiese adular de manera natural a la gente, sobre todo, cuando no había virtudes que ensalzar y los duques siempre ansiaban los elogios de quienes los rodeasen. En especial la duquesa. Como si buscase la aprobación.

En las escasas ocasiones en que los había acompañado a la corte, Blair se había sentido fuera de lugar. Su madre, nacida en una familia pudiente, le había enseñado las normas de conducta que necesitaría para desenvolverse en aquel ambiente. Pero a las intrigas palaciegas y rumores perniciosos no eran de su agrado.

—Mañana salimos hacia la casa de campo, Blair. —Donella la obligó a detenerse con sus palabras—. Creo que nos quedaremos al menos un par de semanas esta vez. Prepara el equipaje de mi hijo.

—De inmediato, *milady*. —Se inclinó en una nueva reverencia antes de marcharse.

Si bien la duquesa solo mencionaba a su hijo cuando le pedía que hiciese algo para él, Blair sabía que incluía en su petición también a su hermano. Los niños habían crecido juntos y se consideraban casi como hermanos de sangre, aunque no lo fuesen. Pero, a pesar de que no pretendía matar la ilusión de Bruce, Blair no podía evitar recordarle cada día cuál era su verdadero lugar allí. Aunque lo hubiesen tratado siempre con tanta deferencia, aquello podía cambiar en cualquier momento y no quería que este se llevase una decepción.

Después de dejar a los niños en el cuarto de juegos, donde sabía que no habría peligro si se quedaban solos, fue a su alcobilla para empaquetar todas las cosas que necesitarían. Añadió ropa extra, consciente de que, la mayoría de las veces, el par de semanas se convertían en meses. Y eso era algo que a ella la entusiasmaba sobremanera.

Disfrutaba de cada visita a la casa de campo, situada en el límite de las Highlands. No solo porque el ambiente allí era mucho más relajado, sino porque ella disponía de un tiempo libre que usaba para pasear entre los brezales y apreciar la belleza del lugar.



—Y nuestro valiente guerrero salvó una vez más a su clan de la ira del rey —sentenció, obteniendo una gran sonrisa de ambos niños.

Cada noche les relataba un cuento que, en realidad, no era más que parte de la historia de Escocia e Inglaterra endulzada para los oídos inocentes de los niños. Era una forma efectiva y entretenida de enseñarles sin que los duques pudiesen reprenderla por ello, pues no les gustaba que les hablase de los enfrentamientos entre ambas partes del país, menos aún con

Jacobo siendo su rey. Sin embargo, ella creía en la importancia de conocer sus raíces, así que cambiaba los nombres de los protagonistas y de las localizaciones para evitar problemas si los niños comentaban algo sobre sus cuentos nocturnos.

—Cuéntanos otro, Blair —le pidió el pequeño heredero, todavía sin sueño.

—Mañana será un día muy largo, Bruce. Debéis dormiros ya.

—Mi madre me ha dicho que este año podré montar a caballo solo. —Lo vio sonreír, entusiasmado con la idea.

—Ya eres todo un hombrecito. —Lo acarició tiernamente.

A pesar de lo altanero que se comportaba en muchas ocasiones, ya que era un niño muy consentido, le tenía igual cariño que a su propio hermano. Y lamentaba que sus padres no le prestasen toda la atención que merecía, pues los años pasaban rápido y estaban perdiéndose parte de la etapa más bonita de su hijo.

Cierto era que estos le concedían absolutamente todo lo que les pedía y estaban pendientes de él cuando permanecían en su hogar, pero, en ocasiones, sus obligaciones los mantenían lejos cuando el niño más los necesitaba. Blair entendía que el título que ostentaban era importante y exigía mucho de ellos, pero Bruce no, y se rebelaba con sus rabietas; esas que Blair debía frenar.

—Buenas noches, Blair.

Ella lo arropó con un dulce beso en su frente y le sonrió con cariño.

—Buenas noches, Bruce —replicó. Después, se giró hacia su hermano y lo besó de la misma manera—. Buenas noches, Bruce.

Había empezado a usar aquel apelativo para diferenciar a ambos niños tiempo atrás. Los observó una última vez desde la puerta y salió de la alcoba sin hacer ruido. Estaba agotada y sabía que les aguardaba un largo viaje al día siguiente, así que también ella se acostó en cuanto dejó listo su propio equipaje.

Por la mañana, se levantó entusiasmada y deseando llegar con un simple chasquido de los dedos. Sin embargo, su humor se ensombreció al descubrir que Angus se uniría a ellos.

—Será un viaje de lo más placentero. —Angus le sonrió y le tendió una mano para ayudarla a subir al carruaje—. Casi no me creo la suerte que he tenido de que mi hermana me propusiese ir con vosotros al enterarse de que también me desplazaría a las Highlands esta semana. Aunque, en ocasiones sea necesario, sin duda es preferible hacerlo con otros antes que solo.

—Deberíais ir en el carruaje de vuestra hermana —propuso con inocencia fingida—. Estoy segura de que le agradaría vuestra compañía durante el viaje.

—Pero a mí me agrada más la tuya, mi querida Blair.

Blair apartó la mirada, incómoda con su escrutinio, y se colocó en el extremo más alejado del asiento, deseando que su hermano se sentase a su lado. Donella había accedido a que Angus fuese en su carruaje solo porque los niños los acompañarían, aunque Blair estaba segura de que, en el fondo, ansiaba tener a su esposo solo para ella.

La duquesa era joven todavía y quería tener más hijos. Siempre encontraba la forma de acorralar al duque y recordárselo. Por lo que Blair tenía entendido, a él no le molestaba lo más mínimo, porque también pretendía aumentar la familia. Aunque fuese quince años mayor, conservaba el ímpetu de la juventud en muchos aspectos.

Para su desgracia, los niños decidieron sentarse juntos y no tuvo ocasión de convencerlos de lo contrario, pues Angus aprovechó la oportunidad para ocupar su puesto a su lado, regalándole una amplia sonrisa satisfecha.

—Parece que se está poniendo más interesante por momentos —le susurró al oído.

—Comportaos, mi señor —lo reprendió—. Hay niños delante.

Angus era un hombre joven y apuesto, con un gran carisma que le ayudaba a ganarse a la gente con un par de palabras. Blair podría haber sucumbido a sus encantos después de años de atenciones, pero era consciente de cuánto este disfrutaba de la conquista de cada mujer que se le antojaba para, una vez lograda, perder el interés.

Además, lo único que habría entre ellos sería una aventura. Un momento de pasión que se desvanecería con el paso del tiempo o que, en el peor de los casos, duraría demasiado y la convertiría en la amante. Ella siempre había deseado tener su propia familia y no quería renunciar a eso en aras de alguien que no la valoraría más allá de sus habilidades en la cama.

También era consciente de que si había conseguido la protección de Donella era, en parte, porque rechazaba a su hermano en cada ocasión en que él intentaba seducirla. Pese a que nunca habían hablado de ello, la duquesa había dejado suficientes pistas en sus conversaciones: Angus era intocable si quería conservar su puesto de institutriz.

Lo observó con disimulo para no alentararlo. Aunque solía vestir a la última moda y con ropa de excelente calidad, para el viaje había elegido un conjunto más informal. Nada de volantes en su camisa ni de pantalones incómodos como los que solían llevarse en palacio. Su cabello negro tenía un corte perfecto y ni un solo pelo se escapa de su sitio. Unos impresionantes ojos grises y un cuerpo de músculos trabajados y bien definidos completaban el conjunto, convirtiéndolo en uno de los hombres más codiciados de la corte. Blair estaba segura de que no tardaría en casarse y tendría dónde elegir. A pesar de ser un libertino, las familias más influyentes del reino se lo disputarían por su relación con los duques de Cockburn.

—Vuestra hermana ha dicho que vais a visitar a vuestro primo en Skye. —Cuando el silencio se volvió incómodo, Blair buscó un tema inocente del que hablar.

—¿Interesada en mis actividades, Blair?

—Solo intento iniciar una conversación para que el camino no se eternice —le respondió.

—Hace años que no nos vemos —concedió él—. Desde que Donnie fue enviada a la corte tras su matrimonio con Alpin, he pasado más tiempo en Edimburgo que en Skye.

—¿Os gusta la isla? He oído decir que es hermosa.

—No tanto como tú —le susurró al oído.

—Angus, por favor —rogó ella.

—Tranquila, querida. —Él sonrió—. Estás a salvo mientras los niños nos acompañen.

Se habría reído si no hubiese sabido que él lo malinterpretaría. Con Angus debía actuar con cautela porque era un hombre incansable y siempre encontraba en su comportamiento o en sus palabras un aliciente para no rendirse. Incluso si eran imaginaciones suyas.

—Podríamos ser amigos —dijo, a sabiendas de que lo lamentaría después—, si no os empeñais en intentar seducirme con cada frase que pronunciáis.

—Sabes que no es amistad lo que busco en ti, Blair. Podríamos ser amigos, por supuesto, pero siempre querré más.

—Por Dios. —Elevó los ojos al cielo en señal de derrota. Ese hombre no cambiaría nunca y más le valía no olvidarlo la próxima vez.

—Tal vez podría convencer a mi hermana de que me deje llevarte conmigo a Skye —le propuso minutos después.

—No sería correcto de ninguna de las maneras, Angus.

—No me importa lo que es correcto y lo que no...

—Solo os importa lo que queréis —terminó la frase por él, pues se la había oído citar en innumerables ocasiones.

—Exacto, querida Blair. Y eso eres tú.

—Soy lo que queréis ahora. —Suspiró—. No soy más que un capricho pasajero. Os agradezco el ofrecimiento; sin embargo, me quedaré en la casa cuidando de los niños. Ese es mi lugar.

—No eres un capricho pasajero, Blair.

—Por supuesto que no. —Lo miró, seria—. Soy la única mujer que se os resiste. Solo un reto. En cuanto consigáis lo que deseáis de mí perderéis el interés y cortejaréis a otra a quien ofrecer vuestras atenciones. Ambos lo sabemos.

—Nunca perderé el interés por ti.

—Bueno, eso es algo que nunca descubriremos —lo desafió—, porque no ocurrirá.

Blair aprovechó para despertar a los niños con la excusa de que estaban llegando a la primera parada del día e impedir, así, que Angus pudiese decir algo más. Él nunca se rendiría y ella nunca cedería; no tenía sentido seguir discutiendo sobre ello.

Durante el resto del viaje Blair procuró realizar juegos con los niños para no tener que hablar con Angus, algo que a este no pareció gustarle. Al llegar a la casa de campo, los ayudó a bajar a todos, pero sujetó la mano de Blair más tiempo del necesario para que se enfrentase a su mirada; en la que brillaba un claro desafío. Ella se estremeció al comprender que le prevenía de que su paciencia estaba llegando al límite.

El miedo recorrió su cuerpo y se soltó casi con brusquedad. No era más que una sirvienta en aquella familia y, aunque Donella la protegiese de su hermano en cierta medida, sabía que, si Angus decidía ir más allá y la forzaba, sería ella quien llevaría la culpa y perdería su trabajo.

—Tenlo siempre presente, Blair —se recordó a sí misma en la soledad de su pequeña habitación.

CAPÍTULO IV

Insoportable

Lorna se sentía atrapada en una vida que no le gustaba. Nunca, desde que había decidido seducir a Kerr siete años atrás, había pensado que la vida en la granja fuese a ser tan desesperantemente difícil. Había sido mimada en exceso por su primo Dougal tras la muerte de sus padres y siempre había aspirado a dirigir la casa de su futuro esposo desde la distancia, como hacía su prima en Dunvegan. Sin embargo, después de su boda, había descubierto que en el campo las cosas funcionaban de forma diferente. Así, se había visto obligada a realizar tareas que le resultaban tediosas y que le destrozaban las delicadas manos.

Por si eso no fuese poco, Kerr había cumplido su promesa de no volver a tocarla. Ella había albergado la esperanza de tenerlo de nuevo en su cama con la excusa de engendrar a su heredero, pero aquella única vez juntos había sido suficiente para quedar encinta. Había dado a luz a un niño, por lo que su esposo no la reclamó nunca más en su alcoba.

Después de seis años desesperada por reconquistar a su esposo y sin resultados, lo había vuelto a drogar una noche, convencida de que, si compartían la cama de nuevo, él recordaría cuanto la había deseado en el pasado. Ahora él la odiaba más que nunca y ella tenía que soportar un nuevo embarazo, con todas las consecuencias que aquello suponía para su cuerpo.

—Termina esto por mí, Shona —le dijo a la joven que tenía al lado mientras apoyaba las manos en la parte baja de la espalda para estirarse. Aquella muchacha era tan voluntariosa que se aprovechaba de ella siempre que podía. Mucho más ahora, en su estado.

—Descansa. —Shona continuó su trabajo, sonriente—. Tu bebé y tú lo necesitáis.

Ninguno de sus dos embarazos había supuesto molestia alguna para ella, salvo por tener que ver cómo su cuerpo se hinchaba y deformaba con el paso de los meses. Pero los había aprovechado para desatender sus obligaciones en la granja.

Siempre había pensado que había algo romántico en eso de vivir en el campo, pero, con el paso del tiempo, había llegado a odiar ese lugar al que jamás podría considerar su hogar. Y también había aborrecido a su esposo por obligarla a vivir allí.

Cuando había conocido a Kerr y había decidido que se convertiría en su esposa, había esperado convencerlo de vivir, sobre todo, en Dunvegan, e ir a la granja tan solo para disfrutar de la calma y tranquilidad del campo. También había planeado persuadirlo para que aceptase formar parte de la guardia personal de Dougal, tal y como su primo deseaba, pero, después del truco que había usado para atraparlo, Kerr se había alejado de ella definitivamente. Apenas le hablaba y mucho menos la miraba si no era con desconfianza y odio.

—Te quiero, Kerr —le había susurrado en su noche de bodas, al ver que su esposo pretendía dormir en una silla frente a la lumbre—. Hice lo que tenía que hacer para que estuviésemos juntos porque tú parecías dispuesto a abandonarme por un error que no cometí.

—Me tendiste una trampa, Lorna —le había respondido él—. Ya no puedo confiar en ti.

—No miento. —Había intentado acercarse a él, pero Kerr la había rechazado y eso hizo que lo detestase más.

—Ahórrate las súplicas, Lorna. No creeré nada de lo que me digas.

Después de aquella vez, en las pocas ocasiones en que sacaba el tema de su matrimonio, terminaban siempre discutiendo. Si hubiesen permanecido en el castillo de su primo, como había esperado ella, hubiese buscado consuelo en los brazos de Ian. Lo echaba de menos y solía pensar en que le habría ido mejor si lo hubiese alentado a él, en lugar de a Kerr. A pesar de que no había regresado a Dunvegan, había descubierto que él era el general de su primo ahora. Había jugado mal sus cartas y lo lamentaba cada día.

Sobre todo, después de haber intentado mantener una aventura con alguno de los hombres de su esposo y no haber conseguido nada. Todos ellos eran fieles a Kerr y la rechazaban. Sabía que si ellos habían guardado silencio sobre sus intentos no era por ella, sino por respeto a él, así que los odiaba también. Sentía que su vida había sido un completo desperdicio desde que se había casado con Kerr.

Salió de la casa para que el aire fresco de la tarde aliviase el calor sofocante en su rostro después de permanecer horas cerca del horno del pan. Los suaves rayos del sol caían, débiles, sobre ella, recordándole que pronto llegaría el invierno. La nieve los aislaría completamente y gimió al pensar en las largas horas que debería aguantar encerrada en aquella granja con un hombre que apenas soportaba mirarla a la cara. Cerró los ojos, lamentándose una vez más, por sentirse tan fuera de lugar allí.

Quería regresar a Dunvegan. Quería encontrar a un hombre que la hiciese sentirse deseada para perderse en sus brazos. Quería la vida que siempre había ansiado, donde el trabajo más duro que tuviese que hacer fuese decidir qué ropa ponerse para que su esposo anhelase llevársela a la cama de nuevo. En su mente, ella no era la culpable de su situación. No creía haberse equivocado al forzar su matrimonio, pues era lo que había perseguido en

su momento. Solo que, ahora, lo que tanto había ansiado años atrás, era lo que más detestaba.

—Mamá. —Tam corría hacia ella con una amplia sonrisa.

A pesar de que verlo le recordaba la desgraciada noche en que Kerr dejó de amarla, siempre lo trataba con cariño, esperando que el corazón de su padre se ablandase al verlos. Nunca había desarrollado el instinto maternal ni le tenía especial afecto, sino que lo culpaba por haber llegado demasiado pronto a sus vidas, imposibilitando que Kerr la perdonase por su engaño.

—Papá me ha hecho un arco. —Tam reía mientras se abrazaba a ella—. Va a enseñarme a usarlo.

—Eso es maravilloso, Tam. —Sonrió—. Me alegro de que tu padre por fin se haya decidido.

Lorna sabía que Kerr no deseaba que su hijo se involucrase en aquel mundo, pero eran tiempos difíciles y peligrosos, por lo que instruirlo en el arte de la guerra era inevitable. Con la amenaza de Jacobo sobre los clanes de las Highlands, a quienes consideraba poco más que salvajes, debían prepararse para sus intentos de conquistar sus tierras en aras de súbditos más leales y manejables.

Tam MacLeod era un niño pelirrojo, como su padre, y con los ojos del mismo intenso color verde. Se parecían tan dolorosamente que Lorna apenas podía mirarlo sin sentir que, ni siquiera con él, había logrado hacerse valer. A sus seis años de edad, aparentaba muchos más, tanto por su tamaño como por su forma de hablar y de comportarse. Era responsable y trabajador, tan respetuoso y atento, que se había convertido en el orgullo de su padre. Kerr solo tenía ojos para él, algo que hacía crecer el resentimiento de Lorna con ambos.

—Prometió enseñarme a usar la espada en cuanto domine el arco.

—Pues tendrás que practicar todos los días, entonces.

—Eso haré.

Le revolvió el cabello y él se apartó.

—Mamá —protestó.

Le disgustaba que lo hiciese, pero no podía evitarlo. Hubiese preferido que tuviese otro color, pero era tan sedoso que invitaba a acariciarlo.

—Dame un abrazo, hijo. —Lo apretó contra ella sin esperar a que él se acercase.

No había sido un gesto espontáneo como el de tocar su cabello, aunque lo pareciese. Kerr los estaba observando y aprovechó el momento. Había descubierto que su mirada se dulcificaba si le mostraba afecto a su hijo. Y, aunque estaba segura de que había perdido la batalla por su amor tras su segundo engaño, no podía dejar de intentarlo.

Tam entró en la casa, ajeno a los pensamientos de su madre, y Kerr pasó junto a ella para seguir a su hijo. Parecía dispuesto a ignorarla, como siempre; pero esta vez Lorna no se lo permitió.

—¿Ni siquiera vas a preguntar cómo me encuentro hoy? —le dijo, después de sujetarlo por un brazo, que soltó en cuanto Kerr miró hacia su mano—. De un momento a otro nacerá el bebé.

—¿Todo bien? —le preguntó con la mandíbula apretada y sin llegar a mirarla en ningún momento.

—Me sentiría mejor si mi esposo se dignase a mirarme mientras me habla —le reprochó, sabiendo que estaba cometiendo un error al hacerlo.

Kerr no respondió. Simplemente se dirigió hacia la casa, lo que la enfureció tanto que estalló sin pensar en las consecuencias.

—¡Te abandonaré, Kerr! —le gritó—. Me iré de este maldito lugar.

—¡Bien! —imitó él, girándose hacia ella—. Deberías haberlo hecho hace años y habernos ahorrado el sufrimiento a ambos.

—Me llevaré a mis hijos conmigo —lo amenazó, al ver que le daba la espalda de nuevo—. No volverás a verlos.

Kerr se encaminó hacia ella con pasos rápidos. Su mirada dura y hostil la hizo retroceder. Por primera vez en su vida, temió que su esposo la lastimase.

—Ni se te ocurra volver a decir eso, Lorna. —La sujetó con fuerza de un brazo para acercarla a él—. Me engañaste para tenerlos, pero no te dejaré alejarlos de mí. Son mis hijos. Tú solo eres el recipiente donde han crecido durante nueve meses. Si quieres irte, no te detendré, pero ellos se quedarán aquí, conmigo.

—También son mis hijos, Kerr.

—Ni siquiera los quieres —la acusó—. No pienses que no veo que los utilizas para intentar llegar a mí.

—Eso no es cierto —mintió.

—Hace tiempo que deje de creer en todo lo sale de tu boca. —Sus caras estaban a escasos centímetros, sus miradas enfrentadas—. Para de mentir, Lorna. Basta de engaños. Si no quieres estar aquí, lárgate en cuanto nazca mi hijo. No iré a por ti ni te reclamaré.

—Me haces daño —le dijo, con lágrimas en los ojos. Esta vez no tenía que fingirlo.

Kerr la soltó y se alejó de ella por tercera vez. Lorna se abrazó, sintiéndose vulnerable por un segundo. Luego, el resentimiento se apoderó de ella, clamando venganza.

—Esto no va a terminar así —murmuró, mirando hacia la puerta—. Juro que te arrepentirás de haberme ignorado todos estos años, Kerr.

CAPÍTULO V

Un encuentro casual

*B*lair tenía un descanso de sus responsabilidades durante la clase de equitación de los niños y decidió que aprovecharía para ir a pasear. Desde su llegada, no había tenido ocasión y le apetecía mucho.

Por suerte, Angus había desaparecido temprano aquella tarde y no tuvo que escabullirse para evitarlo. Lo había estado haciendo desde que habían llegado, una semana atrás, para no tener que rechazarlo a todas horas. Aunque los niños habían sido su mejor excusa hasta el momento, esa vez no podría utilizarlos.

Después de informar a la duquesa de que estaría fuera un par de horas y de recibir su beneplácito, salió de la casa con una amplia sonrisa. Tal vez no fuese la mejor época para admirar el paisaje, pues se acercaba el invierno, pero creía que podría disfrutar de la misma forma del paisaje.

Conocía bastante bien la zona después de haberla visitado asiduamente durante los últimos cuatro años. En más de una ocasión había deseado poder quedarse allí, junto a los viejos Maxwell, que se encargaban de cuidar las tierras en ausencia de los duques. Sería feliz en un sitio como aquel, rodeada de naturaleza y lejos del bullicio de Edimburgo. Se sentía viva en aquel lugar.

No tardó en dejarse llevar por su entusiasmo y corrió entre los cardos y los brezos sintiéndose libre como no lo había hecho en mucho tiempo. Cuando se le agitó demasiado la respiración y parecía que el corazón le iba a explotar, se dejó caer en la hierba y cerró los ojos, sin importarle que el frío suelo le calase hasta los huesos. Dejó que se le normalizase el latido mientras sentía la brisa bailar con algunos mechones de su cabello, los que se le habían escapado del moño con la loca carrera y mientras escuchaba los sonidos que del entorno.

Fue entonces cuando oyó las voces. Se incorporó, sobresaltada, y miró a su alrededor. Creía encontrarse sola, pero, al parecer, no era así. Agudizó el oído para averiguar de dónde venían y poder caminar en la dirección contraria. Lo que menos deseaba era encontrarse con alguien estando aislada y sin ningún tipo de objeto con el que defenderse.

Pocas mujeres sabían utilizar un arma en aquellos tiempos, pero ella había aprendido. Un muchacho del barrio le había enseñado, junto a otras chicas, después de que un hombre con intenciones un tanto turbias hubiese estado molestando a las más jóvenes.

Malcolm se había ofrecido a enseñarles a todas ellas, pero había insistido en tener algunas clases privadas con Blair. Según él, para reforzar lo aprendido, pero Blair sospechaba que sentía algo por ella. Jamás había intentado nada indecoroso, pero la había estado rondando un tiempo. Eso había sido poco antes de que su madre hubiese muerto y ella hubiese tenido que huir para salvar a su hermano y a ella misma. No se habían vuelto a ver.

—La situación no ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos.

El viento cambió de dirección y pudo escuchar con mayor claridad las palabras.

—El rey está muy ocupado con las revueltas de Londres, así que no tiene tiempo para pensar en conquistar las Highlands. Puedes relajarte por ahora, primo. Al menos hasta la primavera.

Reconoció la voz de Angus y frunció el ceño. ¿No se suponía que había ido a Skye? Recordaba haberlo oído hablar de eso cuando se había despedido de su hermana. ¿Sería posible que hubiese decidido encontrarse allí con su primo? ¿En medio de la nada? ¿De forma clandestina?

—¿La primavera? ¿Qué pasará en primavera?

—Jacobó tenía planeado un nuevo intento de ocupación de las Highlands en primavera. Esta vez pensaba llevar a los colonos ya con él para que se asentasen, pero eso será si logra acallar a los ingleses antes. No iniciará dos guerras.

—Debes estar al tanto, Angus, e informarnos. Necesitamos saber con exactitud cuándo sucederá. Tenemos que estar preparados para repelerlos.

—Tranquilo, primo. Te enviaré cada nuevo dato que recabe.

De repente, Blair se sintió como una intrusa allí. Ni siquiera entendía por qué no se había ido al comprender que era una conversación demasiado privada y... de alta traición. Se levantó con cuidado de no alertarlos de su presencia y se marchó. Estaba lo suficientemente lejos como para que no reparasen en su presencia, pero se sentiría mucho mejor cuando ya no los oyese.

—Ni lo sueñes, bonita. —Unas fuertes manos la sostuvieron contra un pecho duro, tapándole la boca.

Forcejeó para liberarse, consciente de que era inútil. Pero no se le ocurría qué otra cosa hacer, sobre todo, al ver cómo aquel hombre pretendía llevarla hacia las voces.

—Mirad que tenemos aquí —le dijo al grupo en cuanto lo alcanzó—. Una pequeña y bonita espía.

¿Espía? Aquello era peor de lo que imaginaba. A los espías se los mataba sin miramientos, ¿no? Eso había leído en algún libro. Se maldijo por tener tantos conocimientos sobre historia, pues, a veces, la ignorancia era tranquilizadora, pero a la vez gracias a ellos se sentía preparada para lo que pudiese pasar.

En cuanto el hombre aflojó su agarre al hablar, lo golpeó con el talón en la espinilla tan fuerte como pudo. Escuchó un

gemido de sorpresa y se vio libre. Se alejó unos cuantos pasos antes de enfrenarlo.

—Bruto arrogante —le gritó enfadada. Había oído alguna parte que un buen ataque es la mejor defensa—. No soy ninguna espía.

—¿Blair? —La voz de Angus a sus espaldas sonaba intrigada.

—Angus —lo saludó mientras intentaba recomponer su aspecto—. Tenía entendido que os ausentaríais todo el día de hoy.

—¿Qué haces aquí?

—¿La conoces?

Angus y el otro hombre que, por su parecido, ella supuso era su primo, hablaron al mismo tiempo. Decidió que les respondería a ambos:

—Me llamo Blair Gordon y soy la institutriz del sobrino de Angus. Estaba dando un paseo cuando ese bárbaro de ahí decidió que era una espía y decidió atraparme. —Lo miró de nuevo, furiosa—. Por si no os habíais dado cuenta, zoquete, me estaba alejando del lugar.

La tensión era evidente, pero Blair se mantuvo firme después de pronunciar aquellas palabras para que a nadie se le ocurriese acusarla de mentirosa.

—Es peligroso salir sola a pasear —habló un cuarto hombre.

—Lo he hecho cientos de veces y hasta el día de hoy, no me había topado con nadie. —Lo miró—. ¿Y vos sois?

El hombre frunció el ceño y permaneció en silencio. Blair sonrió y oyó que algunas respiraciones se cortaban. *Tu sonrisa eclipsa el sol*, le había dicho su madre muchas veces. Y, aunque ella no lo creía, en ocasiones como esta, las dudas la asaltaban.

—Ya entiendo: sigo siendo una espía. —Se cruzó de brazos mientras hablaba.

—Blair —habló ahora Angus—, no deberías estar aquí.

—Eso decídselo al estúpido de vuestro amigo, Angus. Ya me encontraría de regreso en la casa si no me hubiese arrastrado como un trapo hasta aquí.

—Menuda lengua. —Oyó que los hombres detrás del primo de Angus reían; o supuesto primo, pues no estaba del todo segura.

—¿Qué has oído, Blair?

Esperaba la pregunta y pensó en fingir por un momento, pero era consciente de que las mentiras siempre traían más problemas de los que evitaban, así que se decidió por otra estrategia.

—Que Jacobo está muy ocupado con los ingleses, cosa que todo el mundo sabe —le respondió—. Y que probablemente en primavera intente conquistar las Highlands, algo que sería una pena, a mi modo de ver. El rey Jacobo estropea todo lo que toca.

Oyó más carcajadas entre los hombres; sin embargo, ella se mantuvo seria. Les había proporcionado los motivos necesarios para acusarla de espionaje y no quería aparentar ansia. Si la veían tranquila, tal vez llegasen a la conclusión correcta: que era Blair Gordon, una simple institutriz.

—¿Qué piensas hacer con esa información? —Ahora fue el turno del supuesto primo de preguntar.

—En cuanto regresemos a Edimburgo, correré en busca de Jacobo y le diré que un puñado de *highlanders* que ni siquiera conozco estaban hablando de él en medio de ninguna parte, planeando oponer resistencia si asalta sus hogares. —La ironía en sus palabras no pasó desapercibida—. Tomamos el té juntos todos los días. Me creerá, por supuesto.

Más risas, y la tensión parecía disiparse por momentos. Blair se permitió respirar, un poco más relajada. Tal vez había logrado convencer a algunos de ellos de que no era una espía.

—Creo que dice la verdad —Angus se decidió a defenderla por fin—. Al menos en cuanto a lo del paseo. Sin embargo, he de admitir que me decepcionas, Blair.

—¿Os decepciono? ¿En qué, si se puede saber?

—Esperaba poder acompañarte... —La sujetó por la cintura y acercó sus rostros—. Llevo tiempo queriéndolo.

—Quitad vuestras manos de mi cintura, Angus MacLeod.
—Lo golpeó con fuerza en la cara mientras se separaba de él—.
No voy a tolerar que me faltéis al respeto de esa manera.

No supo si le ofendió más la intención de Angus de besarla en esa situación o las risas del grupo. Los fulminó a todos con la mirada y comprendió que era hora de desaparecer.

Cuando se giró, dispuesta a marcharse, se topó con unos increíbles ojos verdes que la observaban con intensidad, pero que destilaban tanto resentimiento a su vez que se estremeció. Nunca antes nadie la había escudriñado de aquel modo y tuvo sentimientos encontrados: se sentía arder, pero también sentía enfado. El hombre la estaba juzgando y declarando culpable de algo que ni siquiera podía discernir. No se atrevió a mirar al dueño de aquellos ojos. Apartó la vista y comenzó a alejarse.

—¿A dónde vas? —La voz de Angus la detuvo un momento.

—A casa —le dijo sin volverse—. Me he retrasado bastante y vuestra hermana estará preocupada. A diferencia de vos, Angus, que lo tenéis todo, yo necesito conservar mi empleo para sobrevivir.

No esperó a ver si la dejaban ir. Echó a andar, sintiendo todavía aquella mirada de ojos verdes sobre su espalda. No le daría el gusto de vacilar. Por suerte para ella, no oyó lo que el primo de Angus dijo, o su determinación habría flaqueado:

—Vigíla.

—No creo que sea peligrosa.

—Vigíla —repitió.

—Será un placer.

Segundos después, Angus la alcanzó. Caminó a su lado, sin decirle una sola palabra. Blair se lo agradeció en silencio porque, de haber tenido que hablar de nuevo, habría terminado llorando.

CAPÍTULO VI

El parto

*K*err seguía de mal humor, tal y como había pasado los ocho días que llevaba lejos de la granja por la amenaza de Lorna de llevarse a sus hijos. Había ocurrido justo antes de ser reclamado por Dougal, así que estaba preocupado. No solo por la proximidad del parto, sino porque temía que Lorna cometiese alguna locura en su ausencia. Hubiese preferido quedarse en casa hasta que su esposa diese a luz, pero Dougal había sido tajante en cuanto a su presencia en su pequeña incursión fuera de Skye.

Nunca le había apasionado la vida en el castillo, con tantas intrigas y las continuas luchas de poder. Él prefería el campo, donde todo era más tranquilo. Tampoco le gustaba abandonar la isla, pues se sentía fuera de lugar. Sin embargo, su *laird* se había empeñado en que lo acompañase. Y al parecer, no conforme con alejarlo de su hogar, habían terminado reuniéndose con el primo de Dougal demasiado cerca de la frontera con las Lowlands. Aquello le gustaba todavía menos. Era peligroso.

Más todavía, cuando la reunión trataba sobre conspiraciones y batallas por venir. Podrían ser acusados de alta traición, en caso de ser descubiertos, y Kerr no quería saber nada sobre el asunto. Estaba harto de la guerra, solo quería regresar a su

hogar y estar presente en el momento en que Lorna tuviese a su segundo hijo. A pesar del odio que sentía por ella, le preocupaba que algo malo pasase durante el parto tras presenciar como el de Tam casi había matado a Lorna. Puede que ella lo hubiese humillado y engañado desde que se habían conocido, pero él jamás le desearía la muerte.

Azuzó al caballo cuando entró en su propiedad, ansioso de llegar cuanto antes. Era más como una necesidad, como si de ese modo pudiese olvidar lo que había acontecido en la reunión. Y no solo se refería a los planes de ataque del rey, sino a la increíble sonrisa y la mirada color miel que se le había quedado atrapada en la mente. Hacía demasiado tiempo que su cuerpo no reaccionaba así por una mujer que no fuese la arpía de su esposa.

Como si la hubiese conjurado, recreó la imagen de la muchacha. Era bonita. Más que eso; era voluptuosa, pura lujuria. El sencillo vestido que usaba se amoldaba a la perfección a su cuerpo. Pechos generosos, cintura estrecha y caderas sensuales. Y su cabello dorado lucía despeinado, como si hubiese estado retozándose entre los brezos. Aquel pensamiento le provocó una incómoda erección que trató de controlar removiéndose en la silla.

Se había defendido bien cuando la habían acusado de espiarlos. Por un momento, Kerr había creído que solo había sido una casualidad que se encontrase allí. Pero ¿cuántas posibilidades había de que algo así sucediese? Ni siquiera Dougal había tenido dudas al respecto y le había pedido a su primo que la vigilase de cerca.

Frunció el ceño al recordar como Angus la había intentado besar. ¿Mantendrían una aventura? La reacción de ella había sido tan visceral, que dudaba que pudiese haber fingido la ofensa. Angus todavía lucía la marca de sus dedos en la mejilla cuando se había alejado tras ella.

—Qué me importa —se dijo en voz alta.

Y así era. Angus se encargaría de averiguar si era o no un peligro para ellos y actuaría en consecuencia. Él debía centrarse en sus propios problemas. Como su esposa, por ejemplo.

Alcanzó su hogar cuando ya comenzaba a anochecer y las nubes amenazaban con descargar un torrente de agua. Dejó el caballo en el establo y entró en la casa en el mismo instante en que las primeras gotas caían del cielo.

—Justo a tiempo —le dijo Shona en cuanto lo vio.

—Sí —respondió él—. Un poco más y habría acabado empapado.

—Me refería a Lorna. Se ha puesto de parto hace unas horas.

Kerr subió al cuarto de su esposa, pues no compartían dormitorio, y se la encontró tumbada. Estaba empapada en sudor, con los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Las sábanas se habían teñido de un rojo intenso y eso lo asustó. Ni con Tam Lorna había sangrado tanto.

—¿Es eso normal? —le preguntó a la partera.

—Tenéis que salir de aquí. —Fue la respuesta que ella le dio.

—¿Es eso normal? —repitió, desafiándola con la mirada esta vez.

—Hay complicaciones —le dijo, sin más—. Ahora debéis marcharos. Vuestra presencia no le hará ningún bien.

Sabía que las parteras no querían a los esposos cerca durante el parto, y menos cuando las cosas no iban como debían y, por eso, Kerr no insistió en quedarse. Bajó al salón y cogió la primera botella de *whisky* que vio. Necesitaba beber para no sucumbir a la desesperación. Toda aquella sangre lo había alarmado, pero la palabra «complicaciones», lo aterraba. Lorna había sido la primera mujer por la que se había interesado como algo más que un simple flirteo. Había estado con otras mujeres antes que ella, por supuesto, pero no se había planteado la idea del matrimonio hasta que había llegado ella.

Pero aquello había sido antes de haberla pillado en brazos de Ian. Ella le había asegurado que solo había sido un beso, no

consentido por ella, además. Había estado dispuesto a olvidarlo, aunque ella hubiese deseado a aquel hombre, por todo cuanto ella le hacía sentir, pero luego Lorna lo había arrastrado al altar con sus maquinaciones y ya no había podido perdonárselo. Sintió que Lorna lo había engañado desde el mismo instante en que sus miradas se habían cruzado y que nada de lo que habían vivido había sido real. Que aquel amor que le había confesado había sido mentira, como cada palabra que salía por su boca. Después de aquella vez, la idea de que no podría confiar en su esposa le había torturado continuamente. Creía que ella solo lo había buscado por interés, por lo que podía conseguir si permanecía en el castillo como parte de la guardia del *laird*. O eso había deducido de sus conversaciones a voz en grito.

Se odió por haber sido tan iluso y la odió a ella por recordárselo con su presencia. Aborrecía el deseo que todavía sentía por ella, a pesar de todo lo que lo había lastimado. Por más que intentase olvidarlo, cada vez que la veía, Kerr no podía evitar reaccionar de aquel modo tan visceral.

Tomó un largo trago de *whisky* directamente de la botella para borrar todos los recuerdos de su pasado con Lorna. Para borrar también el hecho de que se encontraba en el piso superior, intentando alumbrar a su segundo hijo. La imagen de la sangre que se formó en su cabeza lo obligó a beber de nuevo.

Con cada grito que escuchaba tomaba otro sorbo, como si al hacerlo, todo fuese a acabar bien con su esposa y su hijo. A pesar de la quemazón del alcohol en la garganta, Kerr siguió bebiendo y rezando para que todo funcionase. Aquella sería una agonizante espera en soledad. Así había sido también durante el alumbramiento de Tam. No había querido el consuelo de nadie y mucho menos las felicitaciones de después. No había buscado aquella situación y no podía disfrutarla como merecía, por más que lo intentase.

Adoraba a su hijo, por supuesto. Se había convertido en la razón de su existencia desde el mismo momento en que lo

había sostenido en brazos, pero no podía soportar que hubiese llegado a su vida por medio de engaños. Como lo haría también el segundo.

Lorna siempre lograba arruinar los que deberían haber sido los mejores momentos en la vida de un hombre. Su matrimonio era una farsa y sus hijos habían sido engendrados a causa del sopor del alcohol. *O de algo más*, se recordó.

No podía haberse emborrachado con una simple copa de vino, pues había vaciado la mitad de la botella que tenía en las manos y todavía era consciente de lo que pasaba a su alrededor. Lorna debía haber echado algo en su bebida.

Oyó más gritos y se acabó el *whisky* en un par de tragos. Se levantó en busca de más y se tambaleó por el camino, sin llegar a caerse. Luego se sentó en el suelo, con una nueva botella en las manos. La imagen enfurecida de la institutriz regresó a su mente en cuanto se llevó la boquilla a los labios. No llegó a beber.

Blair, recordó que se llamaba. *Otra mentirosa como mi esposa*, se dijo, bebiendo esta vez. Tenía que serlo. ¿De qué otra forma se podía explicar su presencia en el lugar de la reunión, a menos que los hubiese estado espiando? Nadie en su sano juicio pensaría que habían coincidido por casualidad. El páramo era demasiado grande para que pudiese suceder tal cosa.

Sin embargo, por un instante, él la había creído. La indignación en sus gestos y su postura le había parecido demasiado real. La ironía en sus palabras también. En cierto modo tenía razón, pues Jacobo no habría contado con una simple muchacha para una misión tan peligrosa como espiar a sus enemigos.

—Son grandes actrices —se dijo en alto, bebiendo más—. Todas son iguales.

Precisamente, por aparentar fragilidad, podía ser perfecta para los planes del rey. Aunque no le había parecido débil en ningún sentido. Había admirado la forma en que había aprovechado un descuido de Magnus para escapar y cómo lo había enfrentado en cuanto se había visto libre de su agarre.

Había hecho lo mismo con todos los que habían dudado de su versión. Si de verdad era espía, Jacobo estaría orgulloso de ella.

—¿Qué otra cosa podría ser, sino? —Dio otro trago.

Los nuevos gritos de Lorna acallaron sus pensamientos y Kerr dejó la botella en el suelo para pasearse por la habitación. A esas alturas de la noche, estaba borracho y desesperado. Quería que ambas sensaciones desapareciesen, pero temía el momento en que sucediese. En ocasiones, la realidad era mucho peor que la expectativa. Lo había descubierto seis años atrás.

No supo en qué momento se quedó dormido, pero Shona lo encontró al amanecer, tirado en el suelo. El dolor le martilleaba con fiereza la sien, aunque lo apartó al ver la expresión descompuesta en el rostro de la joven.

—La niña está bien —le dijo antes de que preguntase.

—¿Lorna?

—No... —Su voz apenas era un susurro—. Pregunta por ti.

Kerr corrió escaleras arriba. El corazón le bombeaba con rapidez y estaba alerta. La borrachera había desaparecido por completo.

—Kerr. —Lorna lo miró con ojos febriles.

—Todo va a ir bien —acertó a decir, aproximándose unos pasos. Tragó con dificultad, intentando ignorar el exceso de sangre a su alrededor. Demasiada sangre. Aquello no era prometedor.

—Me quieres —le dijo ella, deteniendo sus pasos—. Sé que lo haces porque nadie que haya conseguido mis atenciones puede evitar enamorarse de mí.

Kerr quiso callarla, pero no pudo moverse. De su boca no salía ninguna palabra. Lorna parecía no ver lo que aquellas palabras le provocaban.

—Deseaba tanto poseerte —continuó ella—. El resto de mujeres te admiraban, así que tenías que ser mío. Quería resregárselo. Solo lamento que me descubrieses con Ian. Las cosas

hubiesen sido de otra forma. Me habrías pedido matrimonio y yo hubiese podido presumir de ti.

El corazón de Kerr se endurecía con cada palabra que su esposa pronunciaba. Debería haberle dicho que parara, haberla dejado sola o no haber escuchado más. Cualquier cosa menos haberse quedado allí, viéndola escupir veneno contra él. Sin embargo, su cuerpo no parecía obedecerle.

—En realidad nunca te quise, solo amaba tu potencial. Lo que llegarías a ser si permanecías con mi primo en Dunvegan. Y mi idea era convencerte de ello después de la boda, pero lo estropeaste con tus celos absurdos. Tuve que actuar y me arrastraste al fin del mundo; todo para abandonarme después en venganza. Maldito seas, Kerr. Te odio.

—¿Por qué haces esto, Lorna? —logró decir al fin.

—Porque pienso morir con la conciencia tranquila y sabiendo que tú serás desgraciado el resto de tus días. Ni tus hijos serán ya un consuelo para ti. —Destilaba odio con cada palabra pronunciada—. Tú me arruinaste la vida y ahora te pagaré con la misma moneda.

—¿Yo te arruiné la vida? —No tenía ganas de discutir con ella, viendo lo débil que estaba; sin embargo, no pudo evitarlo.

—Me despreciaste, Kerr. Te alejaste de mí.

—Me engañaste, Lorna.

—Soy tu esposa. ¡Tu deber es complacerme en todo!

Kerr permaneció en silencio, incapaz de decir algo coherente. Aunque prefería creer que Lorna deliraba por la fiebre, temía que su esposa era del todo consciente de cuanto decía. Parecía tan lúcida como él. Pálida y demacrada, pero lúcida.

—Ya no importa —continuó—. No me recuperaré. Voy a morir y tú recordarás esta conversación el resto de tus días. El odio te corroerá las entrañas durante toda la eternidad al recordar mis palabras y terminarás tan amargado que nadie te querrá. Entonces habré ganado.

A medida que hablaba, su voz se iba apagando; no obstante, su rabia seguía lastimando a Kerr. La pérdida de sangre había menguado sus fuerzas y, aun así, Lorna parecía dispuesta a consumir hasta su último aliento para humillarlo.

—Jamás te amé, Kerr —le dijo en un susurro.

—Ya basta, Lorna —le suplicó—. No hagas esto.

—Sé que estás locamente enamorado de mí —continuó—. Aunque lo niegues, yo lo sé. Acabarás solo, Kerr. Y yo gano. Siempre gano.

Kerr tardó en comprender que Lorna había muerto, pues las palabras se repetían en su mente, atormentándolo. Cerró los ojos para tratar de eliminar el recuerdo de aquella dura confesión, pero no lo consiguió.

—Te equivocas, Lorna —dijo, al escuchar el llanto de su hija recién nacida—. No has ganado porque jamás estaré solo. Me has dado lo mejor de ti sin pretenderlo. Mis hijos. Yo gano.

Se alejó de la cama y tomó a la bebé en brazos, acunándola. Era hermosa y estaba sana. Nada más importaba.

—Bienvenida a tu hogar, Fiona MacLeod.

Sigue leyendo esta historia en tu formato favorito

